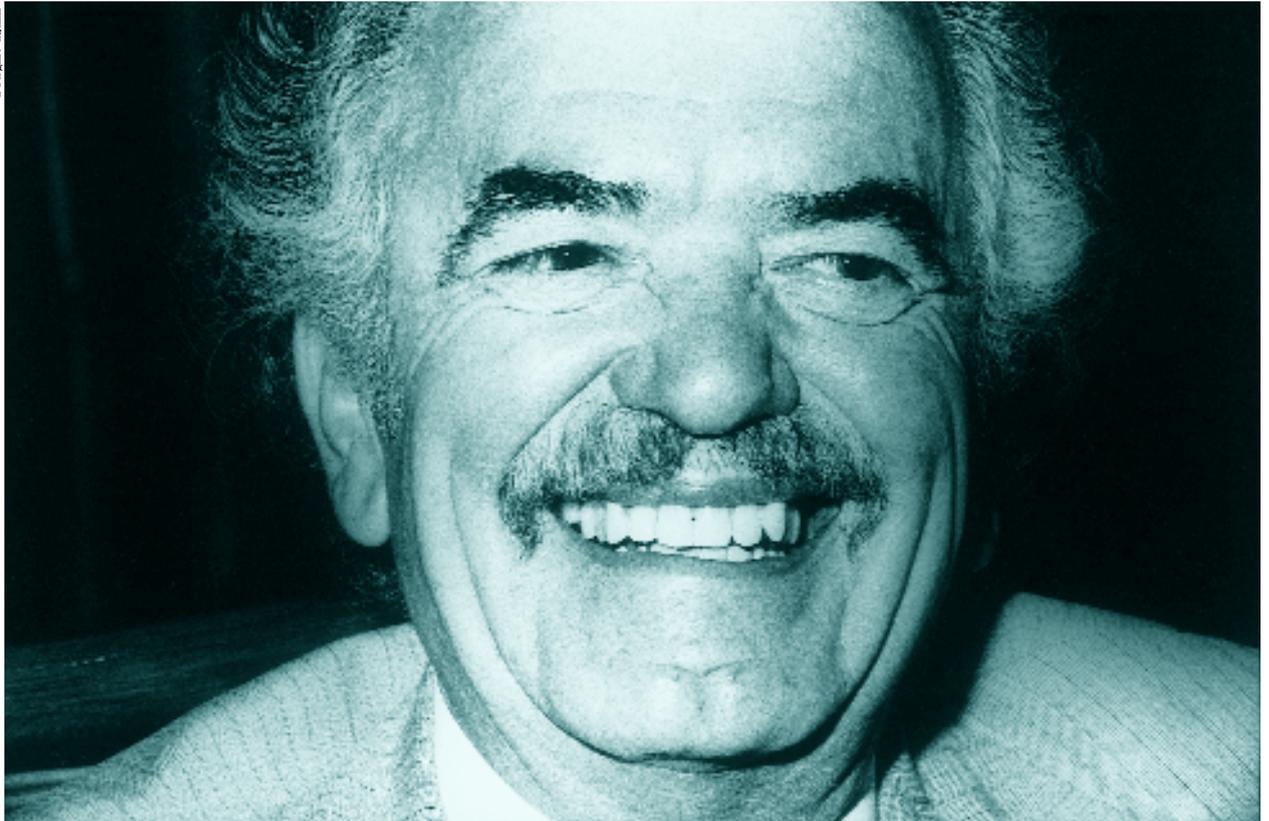


# Rubén Bonifaz Nuño, el azar y la libertad

José Ángel Leyva

*Una de las figuras tutelares de la poesía mexicana contemporánea es, sin duda, Rubén Bonifaz Nuño. Lo es no sólo por su producción poética y ensayística, sino además por sus numerosos estudios sobre las culturas antiguas de Europa y de México en el terreno de la literatura y de la lengua. Gran conocedor del pasado helénico y latino, nos ha proporcionado vías de acceso al conocimiento de diversas obras esenciales a través de más de una veintena de traducciones y estudios al respecto. Lo mismo ha hecho sobre el universo y la cosmogonía del mundo prehispánico de México. Ambos extremos, que conforman nuestra identidad y nuestro pasado, están fundidos en la palabra de Bonifaz, en el verso, en su pasión y en su advertencia del mundo. Su poesía marca su distancia con la Academia sin perder sus coordenadas, lo hace con absoluta libertad, sin lastres y con las velas del romanticismo, en el mejor sentido del término, desplegadas en toda su magnitud, como lo hace José de Espronceda en “La canción del pirata”.*



En Bonifaz aún pesa el compromiso de ser hombre, de ser dueño de su palabra. Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y de la Academia *Latinitate Fove ndae* de Roma, director fundador del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, asume su condición ciudadana, su voz de poeta y canta a la vida, al amor, a la libertad.

Nos reunimos en su oficina en la Biblioteca Central de la Universidad. Lo encuentro leyendo con un aparato que amplifica decenas de veces el tamaño de la letra. Bonifaz se resiste al abandono de los signos tipográficos, de los libros, no obstante que es presa de las sombras, de la invidencia. Busca la ubicación de mi saludo y me recibe con una gran sonrisa y un abrazo. Fumamos el cigarrillo de la paz y damos cauce a esta conversación.

*Recuerdo la primera vez que estuve cerca de usted, pues ya lo había visto en otras circunstancias. Me llamaba la atención su aspecto afrancesado de principios del siglo XX, con su traje, su infalible chaleco de colores alegres, su leon - tina y su reloj al bolsillo. Allí estaba yo frente a usted, invi - tado por el poeta Vicente Qui rarte, en aquella taquería del sur de la ciudad, rodeado de jóvenes amigos y de sus segui - dores. Me pareció tan poco mítico e intelectual hallarlo allí entre poetas libadores de cerveza, en un ambiente que no era precisamente ni bohemio ni tabernario. Quisiera que me contara por qué eligieron esa atmósfera taqueril para encontrarse cada semana durante años.*

La cuestión está, maestro, en que en el ambiente taqueril había cerveza, cosa que no sirven en los cafés. Yo

acababa de conocer a un montón de poetas jóvenes a quienes les doblaba la edad y me hacían el favor de tratarme de igual a igual. Encontramos ese lugar que resultaba muy cómodo para reunirnos por las noches hasta horas más o menos avanzadas. Además, quedaba cerca de la casa de la mayoría. Fue así como lo escogimos, por casualidad.

*¿Cómo se integró ese núcleo que más tarde fue conocido como los Calacos?*

Los Calacos. Mi re, el grupo se integró también un poco por casualidad. En una ocasión Carlos Montemayor organizó una serie de presentaciones y conferencias en Nueva York y lugares cercanos. Iba Sandro Cohen, Bernardo Ruiz, Marco Antonio Campos y me parece que también Vicente Qui rarte, ahí nos hicimos el propósito de continuar reuniéndonos en México. Alguien sugirió esa taquería y así comenzó todo, nos juntábamos una vez cada quince días. El nombre de Calacos se debe al hijo mayor de Bernardo Ruiz, Pablo, quien le llamaba a Marco Antonio Campos "Pollo Calacos". Entonces, por solidaridad, decidimos ser todos Calacos. De esa manera nos sometimos también a las órdenes de la esposa de Bernardo, Virginia, que desde entonces se dedicó, como ella decía, a arriar calacos.

*Era un ambiente bastante relajado. No eran reuniones que pretendieran ejercicios intelectuales o intercambios ana - líticos o disertaciones literarias, sino el lugar festivo donde*

*se albureaba y se jugaba con las palabras, donde se daba lugar al chisme. Yo, por cierto, no volví porque nunca he tenido afición por los grupos. Supongo que para usted era un rato de esparcimiento ¿no es verdad?*

Absolutamente. Usted dice que era libre, pero no, había una jurisdicción que prohibía hablar de literatura. Por eso es que podíamos entendernos tan bien, siempre estábamos en plan de relajó, como Dios manda.

*Disfrutando de la cerveza...*

Y de la amistad.

*Recuerdo que la invitación de Vicente fue porque me había publicado mi libro Catulo en el destierro, y como usted es un referente fundamental de ese largo poema, presente desde los epígrafes, él pensó que era bueno encontrarme con usted y mostrarle nuestra comunión catulinaría. Pero en verdad lo vi tan divertido y bromista que me guardé las preguntas. Comprendí de inmediato el espíritu que regía esa reunión. Vicente le hizo referencia a mi libro y usted respondió que todos los poetas jóvenes nos sentimos Catulo alguna vez. De cualquier modo me gustó estar allí en ese ambiente de juerga, de Goliardos que confrontan de alguna manera la solemnidad y rigidez de los cafés, de las tertulias.*

No íbamos a hacer historia, sino a platicar, a pasar un buen rato. Hubo una cosa que echó a perder los encuentros de los Calacos. Cuando otros poetas se enteraron de las reuniones en el Rincón de la Lechuza asistieron con afanes de lucimiento y de erudición. Tragedieron la norma y el principio de esos encuentros, no hablar de literatura. Así echaron a perder las reuniones. Hubo hasta veinticinco mesas ocupadas por nuevos asistentes a estos encuentros con los Calacos. Ya no se podía hablar de nada y para mantener nuestro prestigio debíamos callar ante las visitas.

*¿Hubo algunos otros motivos que dieron al traste con las reuniones?*

Sí, cambios de casa, trabajos de cualquier índole y, como ya dejaban de ser jóvenes, el afán de hallar trabajos más serios e importantes en otras partes de la ciudad. Hicimos otro intento por encontrarnos, pero ya no logramos la continuidad por estos últimos motivos.

*¿Usted ya había tenido la experiencia de este tipo de reuniones, de tertulias con escritores e intelectuales?*

No. Mire, primero debemos aclarar que esa no era una tertulia o reunión de intelectuales, sino de amigos.

Yo asistí por primera vez cuando era un muchacho, un estudiante, al Café París donde se reunían Octavio Barrera, León Felipe, Emilio Obregón, entre otros. A Ricardo Garibay, Jorge Hernández Campos y a mí nos permitían sentarnos en sus mesas a escucharlos y de vez en cuando a platicar con ellos. Son las únicas tertulias a las que yo he asistido.

*¿Cómo nace en usted esa fascinación por el poeta latino? Tengo la impresión que leyendo El amor y la cólera, Catulo, de alguna manera, se apoderó de su alma y quiero saber si comparto con usted esa experiencia de posesión.*

Claro, a mí también me ocurrió. Fui lector desde muy chico de esta clase de poemas y de más, digamos de Propertio y Horacio, cuyos poemas están llenos de citas mitológicas e históricas que hacen prácticamente imposible la lectura del poema lírico. En cambio en Catulo se encuentra al poeta que escribe porque le estaba fastidiando la vida una vieja a la que amaba. Así que sus poemas nacen de las tripas, del corazón, y no recurre a comparaciones ni cosas por el estilo. Habla de lo que le ordena el cuerpo, la víscera.

*Destilando la pasión, el estado de ánimo.*

Exactamente. Luego yo padecí mucho por causa del amor. Ya ve como son las mujeres. En Catulo encontré una historia que se parecía mucho a la mía. Supongo que a usted le habrá pasado algo semejante, como a todos en algún momento de la vida.

*De alguna manera así ocurrió o quizás a la inversa, Catulo me condujo a esa situación. Me hizo víctima de su fiebre, de su delirio pasional.*

Lo que me apasionó también de Catulo es que era un hombre joven que buscaba el placer como finalidad de la vida. Era el año de 1968 y yo vi cómo los jóvenes estaban entregados rabiosamente a aquello en que creían, era una lucha social. Entonces me embargó la tristeza. Sentía tanta simpatía por ellos que, al ver que no era más que un intento que iba a frustrarse innecesariamente, su impulso me llevó a Catulo. En el 68, precisamente junto a mi oficina, estaba el Consejo Nacional de Huelga. No todo, pero sí una parte fundamental de dicho consejo. Recuerdo que Pepe Revueltas estaba allí a menudo y, mientras ellos discutían en los corredores, yo traducía a Catulo en mi máquina de escribir.

*¿Y qué experimentaba usted en esos momentos al ir descifrando, al ir trasladando del latín antiguo al español esos versos de resentimiento y de denostación, de amor sangrante?*

...sin la palabra la pasión no existe.

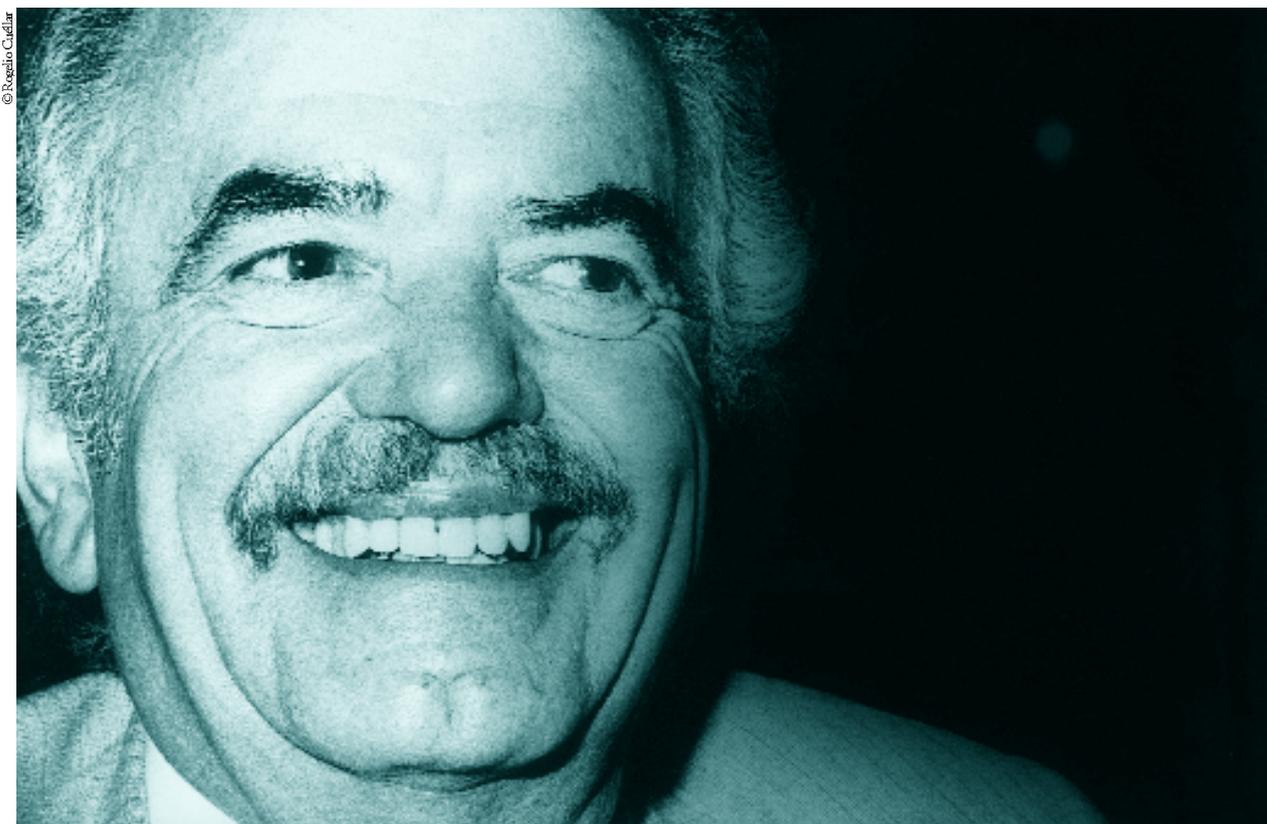
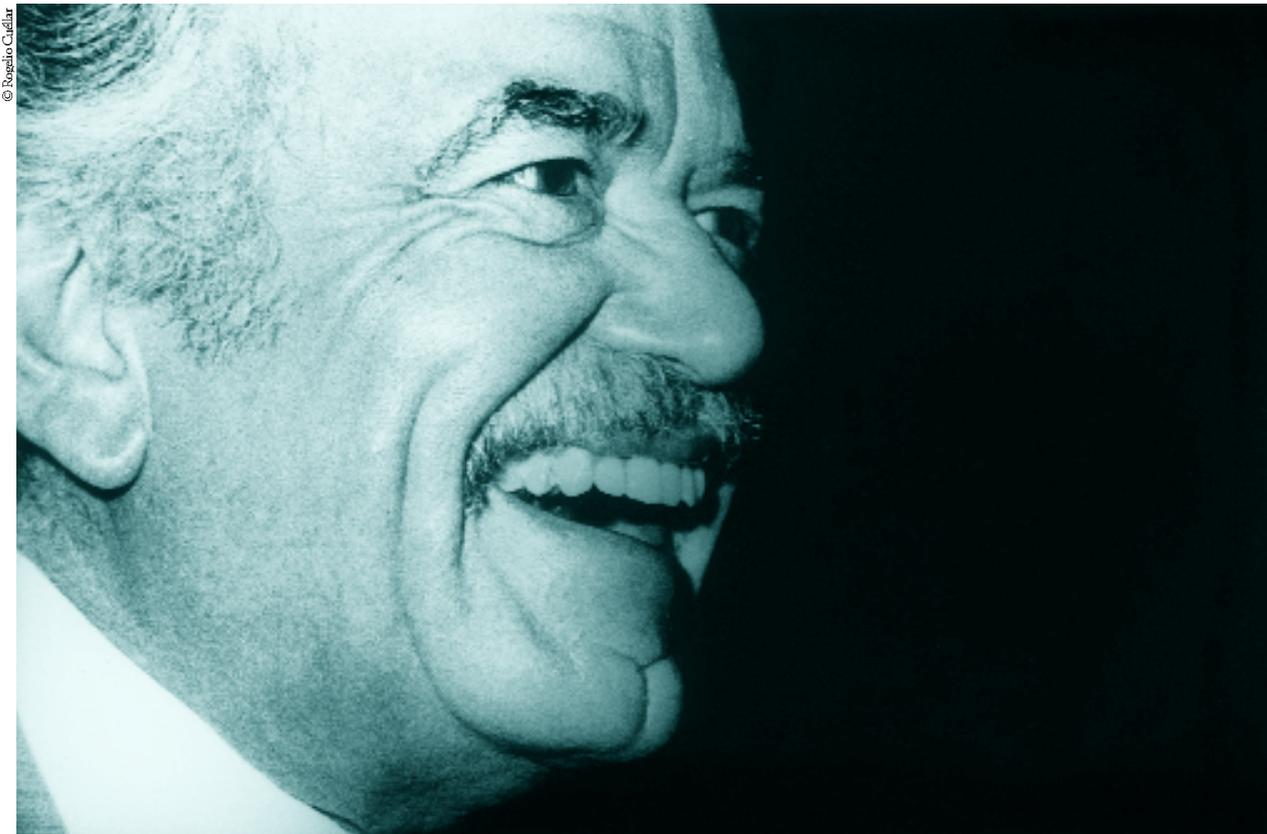
Mire, en primer lugar, si leyera esa traducción ahora la reprobaría, pues no sabía el latín suficiente como para traducir a Catulo. Tenía, eso sí, los sentimientos y la cabeza necesarios para intentarlo. Así que al traducir me ocurría lo que siempre me sucede, me borro por completo y dejo que hable el autor en español.

*Pero, en El amor y la cólera ya está usted, Bonifaz, di -*

*sertando sobre la enfermedad del amor, sobre el personaje que va de un extremo a otro de sus pasiones con la misma intensidad.*

Ah, claro, pero eso ya es el estudio, mi experiencia con Catulo.

*De allí extraje yo mis epígrafes para Catulo en el desierto, los "pirateé".*



## ...se empieza a escribir también porque hay que escribir, porque hay que decir de alguna manera lo que le pasa a uno.

No es piratearlos, es tomarlos prestados, son cosas diferentes.

*Su estudio me enseñó el camino del poeta y me mostró al personaje, dos entidades distintas que, en el caso de Catulo, se hallan en una sola, pero no es condición para que exista el poeta. El individuo se mueve por un lado y sufre de la misma manera; no necesariamente vuelve a padecer la exaltación del sufrimiento, en este caso amoroso: la llaga de la vida. Veo al hombre que hace versos contra Julio César, su enemigo y admirador; su contraparte poseedora de lo que él carece, poder. Catulo el de los versos pintados con veneno en los muros de Roma, el poeta.*

Es ese último término lo que importa, porque los versos eran escritos por un hombre, por un poeta a quien le nacían de las entrañas las palabras. Mismas con las que el pueblo se sentía identificado. Esos versos eran, en última instancia, lo que a mí también me importaba.

*¿Y la envidia?, ese sentimiento tan bien reflejado en Los idus de marzo, de Thornton Wilder. Algo por cierto muy común entre los artistas y creadores en general, el odio que nace de anhelar lo que el otro posee, lo que no se tiene, que en ese caso era un imperio y una mujer, Clodia Pulsh.*

Claro, imagínese lo que era Julio César en aquel momento, dueño del mundo en unos cuantos años. Catulo, que en cierta forma era de la aristocracia, debía sentirse muy atraído por él y simultáneamente ser presa de la cólera y la envidia. Acuérdesse que en sus poemas Catulo atacó mucho a Julio César, haciendo mofa de sus relaciones devergonzadas y de lo que había hecho de Roma aliándose con Pompeyo. Todo cambia en Catulo cuando Julio César lo perdona, esa es la palabra que usan los biógrafos, en ese momento, el poeta se conforma con el César.

*¿Hay una reconciliación en ambos planos?*

Hay una rendición.

*Me refiero a que ambos se admiran, uno por poseer la virtud de la palabra y el otro por ser dueño del poder.*

Sí, le repito, los romanos de la clase social en la que estaba situado Catulo pensaban de ese modo. Me imagino que el perdón del César los incluía en el poder y los reconocía cerca de éste.

*He pensado en numerosas ocasiones que usted nos aproxima a un personaje que establece una impronta en el camino de los poetas malditos. Es poseedor de ese fondo de malignidad que usted refiere como requisito indispensable para construir una gran obra.*

Bueno, mire, en principio diría que Catulo es el único poeta verdaderamente lírico de Roma. La lírica es en su origen un modo popular de escribir, porque no se trata de colocarse por encima de nadie, sino de meterse entre la gente. En ese sentido mundano Catulo es un poeta maldito, aunque antes existieron otros dos en la Grecia antigua. Pero seguramente entre los romanos fue el primero y quizás el único que manifestó su maldad, porque no me negará usted que los poemas de amor de Catulo están llenos de maldad.

*Por supuesto, de odio, de ánimo, de destrucción, de todo aquello que no posee y desea.*

Exactamente, el ánimo de venganza, lo que yo llamo el amor y la cólera. Es decir, el amor que se convierte en otro sentimiento, odio; tanto que destruye el amor y sólo vive para la destrucción de todo cuanto haya podido erigir.

*Me interesa mucho la figura de Lesbia, símbolo de la pasión y de la enfermedad amorosa, que también podría ser sólo el pretexto que busca el poeta para darle sentido a la vida de alguien, del hombre cotidiano, que requiere esa energía para poder sentir la existencia, para compensar la ausencia de un incentivo vital. Para usted ¿qué papel desempeña Lesbia o Clodia?*

Ella representa el papel principal, es la causa, el motor de la desgracia. Lesbia era en aquel momento una mujer muy pretendida, digamos por todos los romanos, tal vez, inclusive por Julio César. No recuerdo bien ahora, pero me parece que Cicerón estaba chiflado por ella. Por otro lado, en algún momento Lesbia le hace el favor a Catulo, el favor de estar en su lecho. Él mismo describe esa circunstancia, pero aclaremos, ella le estaba haciendo el favor, no el amor. Ella tenía otras ocupaciones y el poeta la quería para él solo, cosa imposible, porque nadie en el mundo puede tener una mujer exclusivamente para sí. La mujer en último término es tanto o más libre que el hombre. Lesbia veía su relación con Catulo como un accidente, como un encuentro efímero.

*¿Es ella quien elige?*

Estaba casada y Catulo era una aventura. Así que al poeta no le quedaba más que odiarla ante su indiferencia y sus denuedos, hablar mal de ella, decir que no era digna de su amor, en pocas palabras, ponerla del asco, al tiempo que reconocía lo mucho que la amaba. El amor y el odio, la cólera, creciendo de manera proporcional, hasta la abyección, la impotencia, la venganza, la más absoluta desolación.

*En su obra poética, en la de Bonifaz, hay también esta pasión, esta mirada en el juego del azar y el infortunio amoroso. Desde su punto de vista ¿qué descubre primero el poeta, la pasión o la palabra pasión?*

La palabra, naturalmente, sin la palabra la pasión no existe. Pero ojo, estamos hablando de Catulo.

*Y de nosotros, de alguna manera.*

Pues, claro.

*Y en su caso, ¿cómo descubre o cómo identifica la pasión como camino o en el camino de la poesía, me refiero a la pasión amorosa y a la pasión de escribir?*

No es un descubrimiento, se empieza a escribir también porque hay que escribir, porque hay que decir de alguna manera lo que le pasa a uno. Generalmente esto se hace con un amigo o una amiga, así, como una confianza. Pero en algún momento, sin previo aviso, uno siente la posibilidad de expresarlo de otra manera, de hacerlo por escrito, por ejemplo. Catulo lo hacía de este modo y no de otro. Ningún poeta habló de esa pasión como lo hizo Catulo.

*Mire lo que usted escribe en “El árbol”:*

Ay, el amor. No quieres ya ni siquiera hablar de amor, no quieres ni siquiera acordarte.

*Y más adelante dice:*

De cólera y ternura estoy poblado,  
porque estás triste y solo,

desde el fondo me quemó en contra de lo que te

[lleve por amor,

por ser hombre, por amor de ser hombre estoy

[diciéndolo.

*Aquí hay una carga lírica, una determinación en la que el poeta asume dolorosamente su destino. Éste es usted, el poeta que escribe tales líneas.*

Me lee poemas de hace mucho tiempo. No reconozco esos versos, ni recuerdo por qué los escribí, pero lo que está diciendo ahí es muy claro. Además, hay una cosa que no está en Catulo, que es la responsabilidad de ser hombre. Él siempre se presenta en último término como una víctima, y yo, según lo digo en este poema, no sé por qué me siento responsable, como el que responde por el dolor que la mujer le causa al autor. No creo que fuera sincero. Me imagino qué piojos estaba rascándome en ese tiempo. Una cosa que señalé y que le falta a Catulo si está presente allí, es el papel que como hombre me corresponde, el de aguantar todo y seguir respondiendo por la mujer.

*Me parece que en su caso la palabra representa un símbolo femenino. Usted, como filólogo, como estudioso de la lengua, rinde un culto a la palabra, es en esa tensión amorosa donde usted encuentra la imagen de la mujer misma.*

Posiblemente haya eso, no lo sabría decir, pero quizás tenga razón y exista ese tratamiento. Ahora que usted recuerda eso, hay en muchas partes de lo que escribí una cierta identificación de la mujer con la Virgen María, es decir, una lejanía metafísica de la mujer que no se va a destruir nunca y que, entonces, se trata de borrar de algún modo con el instrumento de la palabra. Es decir, yo estoy lejos de ti, pero mi palabra tal vez esté cerca de ti.

*Ya pasando a otra esfera de su obra. Hay un interés por la antigüedad, un marcado interés por el tiempo antiguo. Usted es un gambusino, un explorador de la literatura de tiempos remotos. Sobre todo de la palabra poética de la antigüedad europea y de la mesoamericana. Traductor del griego y del náhuatl. ¿Qué le atrae de estas dos vertientes?*

En ese tiempo se exalta la naturaleza del mundo. Usted lea la *Iliada* o lea los poemas líricos y verá que en

No les puedo decir que ser hombre no vale la pena. Tengo que recurrir a los modelos de la antigüedad para enseñarles lo que es el hombre y que sientan orgullo o por lo menos conformidad de serlo.

todos hay una concepción del hombre lleno de dignidad. Si uno lee a esos poetas dirá: qué bueno ser hombre. En cambio, en lo que se escribe actualmente por lo general hay una minusvaluación de lo humano, pues el hombre tiene que tomar a la fuerza su papel de abandonado, su papel miserable, de basura. En último término, que tal vez sea cierto, pero que encuentro muy poco plausible, es estar empeñado en demostrar lo que uno es, cuando en realidad es una basura. Y, porque soy maestro por vocación y estoy enseñando continuamente a jóvenes, no les puedo decir que ser hombre no vale la pena. Tengo que recurrir a los modelos de la antigüedad para enseñarles lo que es el hombre y que sientan orgullo o por lo menos conformidad de serlo.

*Y ¿cuál sería ese ideal de hombre, del hombre actual que usted desea cuando mira ese pasado y piensa en el futuro?*

El hombre que aguanta, el que resiste solo, el hombre que rodeado de fuerzas hostiles tiene el valor de enfrentarlas. Esa es la lección que se saca por ejemplo de la *Iliada*. Héctor está solo frente a los grandes guerreros griegos, defendiendo una ciudad a sabiendas de que va a morir, a sabiendas de que su mujer va a ser esclava de una griega. Pero cuando ésta le dice, ¿por qué no nos vamos de aquí? él responde que no; por una simple razón, él tiene la obligación de quedarse y morir defendiendo su ciudad, atiende a principios superiores. Ése, me parece, debe ser el papel del hombre actual, pues estamos rodeados de guerreros griegos a cada momento y no tenemos fuerzas, no tenemos más ánimo de hacerles frente.

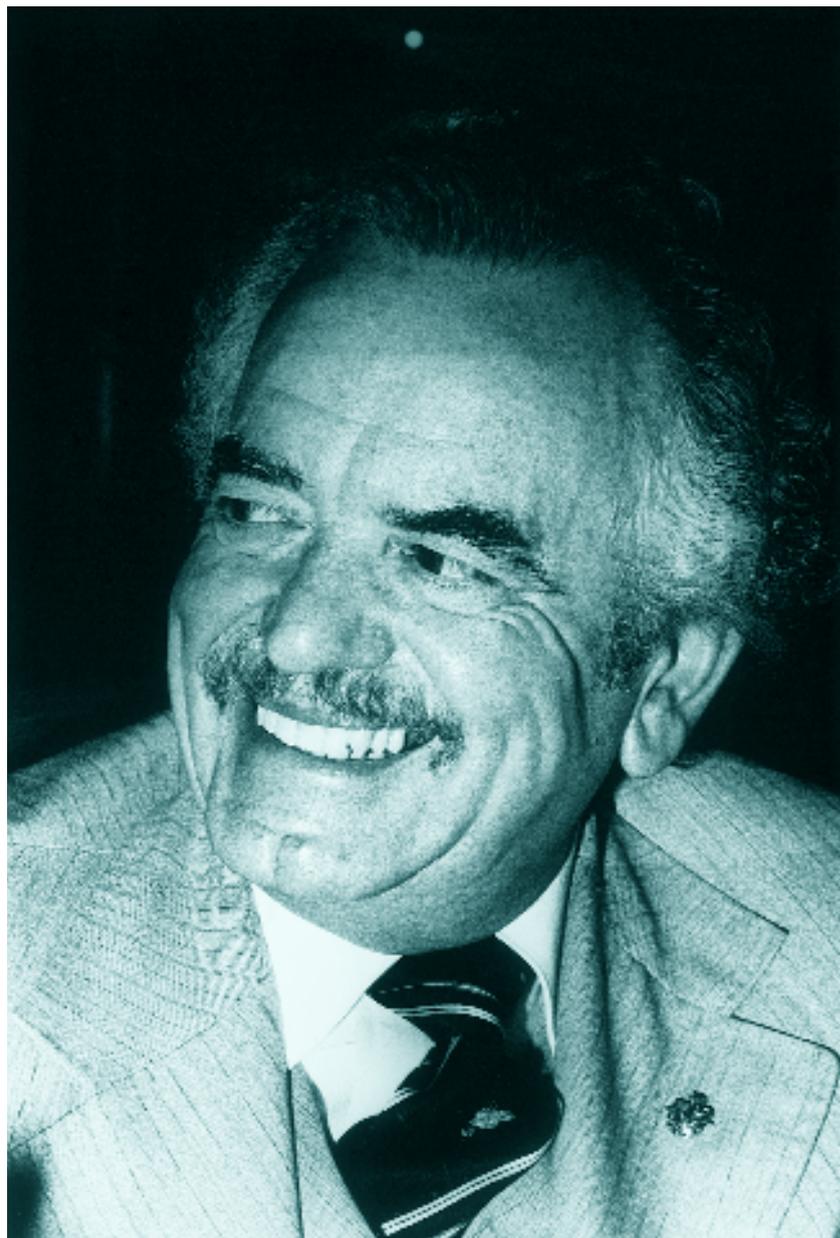
*Usted decía hace un momento que esto lo había escrito en un momento de absoluta sinceridad, y yo creo que esa sinceridad la da la pasión. Un hombre que mata por la pasión amorosa no es capaz de cualquier cosa, está dispuesto a pagar su culpa específica, pero un hombre que mata su pasión para vivir exclusivamente de manera racional sí es capaz de cualquier atrocidad, de la indolencia más abominable. ¿No cree usted?*

Mire, yo siempre he considerado que la razón es un instrumento secundario del espíritu humano. En el comportamiento del hombre hay cosas muy superiores a la razón. Yo creo que eso es a lo que usted se refiere. Usted le llama pasión, estoy de acuerdo, será la pasión, pero hay una serie de pasiones...

*Sí, pensemos en la pasión religiosa, en la cristiana, para no ir tan lejos.*

Exactamente, ¿y qué me dice de la pasión del macho mexicano?

*Sí, ese machismo que tiene sus vertientes, como la canción: A mí no me asusta el miedo ni me hacen las desveladas,*



© Rogelio Cordero

*pues estando con mi prieta,  
aunque muera a puñaladas  
o más adelante:*

*Ay, como me duele el anca,  
ay como me duele el cincho,  
que vas que brinco esa tranca,  
que vas que del golpe me hincho,  
que habiendo tanta potranca,  
s ólo con la mía relincho.*

Exactamente:

Dirás que no me quisiste,  
pero va a estar muy triste,  
y así te vas a quedar.

*Usted expresa otro tipo de pasión, se advierte en su poema "Bolívar": la de la libertad.*

Ese es otro de los valores de la antigüedad, la posibilidad de elegir en tiempos en que se suprime o se pre-



tende suprimir al hombre libre. La facultad de tomar decisiones propias de la elección sin imposiciones ni restricciones, el libre albedrío.

*Quizás es eso lo que lo lleva a la elaboración de una obra desprovista de florituras racionales. He leído que algunos de sus críticos y presentadores, durante los homenajes por sus ochenta años de edad, hablan de una poesía compleja, difícil, sólo para poetas, cuando yo encuentro una voz que canta, un discurso que se nutre de lo popular y de lo erudito sin complejos.*

Pues mire, eso que halla es justamente lo que pretendo expresar. Me importa poco que me lean los cuates. No sé si sepa usted que en una ocasión me invitaron esos muchachos de la taquería a leer en una cantina. Empecé a leer mis versos y vi a un borracho que estaba en la barra muy atento. En algún momento me preguntó: “¿Qué hace usted aquí leyendo poesía?” Le contesté que me habían invitado a leer versos y le pregunté que por qué estaba tan atento. Me dijo: “Siempre la poesía suena más que el ruido”. Fíjese qué frase tan bonita. Luego le expliqué que en una cantina se dicen las cosas más sinceras, así también los poemas suenan más francos. Yo estaba sobrio, entonces era yo quien debía escuchar a los borrachos recitar versos. De pronto un muchacho

se puso de pie y me dijo un poema mío de memoria. Es la mejor experiencia que he tenido en cuestión de literatura. Entonces descubrí que no escribo para mis amigos ni para mí, sino para gente como ese joven que se emborrachaba por motivos ligados al poema triste que evocaba con absoluta claridad.

*Se nota que busca crear otras posibilidades métricas y rítmicas, aunque es fiel a la musicalidad interna del poema.*

Es que si usted escribe con métrica clásica, digamos endecasílabos clásicos, va a ser muy difícil que diga algo, ya no digamos mejor, algo distinto a lo que dijeron los grandes poetas del Siglo de Oro. Decía un pintor, cuando hablaba con un poeta francés, que él no podía escribir poemas porque no tenía ideas. El poeta le respondió que los poemas no se hacen con ideas, se hacen con palabras. Es cierto hasta cierto punto. Yo digo que los poemas no se hacen con palabras, se hacen con ritmos. Hay ritmos, formas vacías, que por su atracción gravitacional llaman a las palabras y las van colocando en aquella música no hecha para que se vaya haciendo.

*Esto se nota en sus poemarios, sobre todo en aquellos en los que el azar desempeña un papel protagónico y alude a la canción popular desde sus títulos: As deoros, Siete de espadas, Albur de amor. El juego de la vida, la apuesta, la aventura y la incertidumbre.*

Exactamente, uno no sabe, eso le consta a usted, uno no sabe nada, de repente las cosas se organizan. Al terminar de escribir yo no sé si es un poema o si el texto está apegado al ritmo que yo quise darle o si está ajustado a lo que yo quise hacer.

*Y dentro de ese azar ¿dónde deja la certeza? Porque usted juega sus cartas, ¿no es verdad?*

La única certeza es que atendí al impulso que me sugirió escribir.

*¿Qué aporta la emoción?*

La materia del poema. Además la forma como se organizan las palabras y los silencios dentro del ritmo elegido.

*¿Podríamos decir que hay una carga de desesperanza en muchos de sus poemas, que son lúdicos, pero también escépticos?*

Naturalmente. Le he dicho que cuando escribo no finjo y estoy convencido de que la esperanza del hombre está muy mutilada en este momento. Al hablar de esperanza del hombre estoy aludiendo a mi esperanza.

*¿Y donde está la esperanza que se cultiva en la soledad, en la búsqueda?*

La soledad no existe, maestro. La soledad es una ilusión juvenil. Desde que se tiene uso de razón, digamos

# Hay ritmos, formas vacías, que por su atracción gravitacional llaman a las palabras y las van colocando en aquella música no hecha para que se vaya haciendo.

a los tres, cuatro o cinco años de edad se empieza a sufrir la carga humana alrededor de uno, los padres, los compañeros, los hermanos, los maestros; luego los jefes, la propia familia es una carga permanente que lo determina a uno, en el buen sentido, por supuesto. Entonces, si hay carga continúa en el hombre, no puede existir la soledad, la carga es compañía necesariamente. La soledad se expresa porque esa mujer me ignora, porque no está conmigo. Esas son vaciladas.

*Ha titulado uno de sus poemarios De otro modo lo mismo. ¿Por qué esa idea de repetición de la vida, si atendemos a perspectivas distintas según la edad y las circunstancias?*

Está tomado de Ovidio, en donde narra que Calipso invita a Odiseo todas las tardes, durante diez años, para que le cuente sus aventuras en Troya, y todos los días le cuenta lo mismo, pero siempre de manera diferente.

*¿Es decir que la historia de la humanidad es el mismo acontecimiento, el mismo relato?*

La historia es la misma. Yo como poeta digo exactamente lo que ya dijeron los poetas antiguos. Cada cual debe decir lo mismo de la manera que le está permitida, que le posibilita la vida, el ADN.

*Por ese ADN y por las circunstancias ¿qué ha cambiado para usted en la historia que le toca vivir?*

Muchas cosas. Ha cambiado el sentido de libertad. Yo siempre fui un hombre que me valí por mí mismo en todo y ahora no puedo valerme por mí mismo en una buena cantidad de actividades. No ver significa no solamente no ver, sino la imposibilidad de caminar porque no veo el suelo en donde estoy pisando, significa no comer porque no veo el contenido del plato, y por qué debo hundir los dedos en la comida antes de llevarla a la boca para saber qué voy a comer, significa no comprar y perderme de los escaparates, una de mis pasiones. No puedo estudiar porque esa máquina que tengo ahora frente de mi cara me permite leer media hora, no más. Yo estaba acostumbrado a leer cuatro o cinco horas diarias, es decir, se trata de una mutilación terrible.

*¿Es una pérdida definitiva?*

Y muy difícil de soportar. Mi vida ahora está limitada por las sombras. Lo que me sostiene todavía es esa máquina ampliadora con la que puedo mantener activa mi vocación de profesor. Sigo escribiendo cosas que pienso pueden ser lecciones para los muchachos.

*Para terminar esta conversación iluminadora, le pregunto, ¿usted se ha refugiado en la Universidad, pero sabe que tiene o ha tenido la posibilidad de dominar la República de las Letras? ¿Nunca le atrajo el poder, ése que han ejercido o anhelado los intelectuales mexicanos?*

No me interesa. El poder es una cosa que nunca me atrajo ni despertó mi interés. Yo nunca he dado una orden, pero tampoco soporto que se me den una. Si yo quiero mantener esta libertad interior que me queda, debo respetar absolutamente la decisión de los demás. Así, la República de las Letras no me interesa en lo más mínimo. A mí me interesa la Universidad como institución porque es el cerebro y el corazón de México. Sigo pensando que México debe existir y para ello la Universidad debe ser cada vez más fuerte, para sostener la soberanía, la nación, el país. ■



© Rogelio Cerdán